

GRANMADRID

granmadrid@elmundo.es

ENTRE GATAS Y GATOS

Muchos lo intentan, pero pocos alcanzan la cima. En la batuta de la directora de orquesta Lucía Marín (1982), nacida en Linares (Jaén) aunque madrileña de adopción, hay un curriculum envidiable: ha estado al frente de la Orquesta Nacional de España, la de Radiotelevisión Española, las sinfónicas de Bilbao, Galicia, Asturias... «Los sueños se cumplen porque se trabaja mucho a diario. La dirección de orquesta es una carrera de fondo», admite Marín, quien echa la vista atrás, cuando este presente era inimaginable.

Se recuerda de muy pequeña, con no más de cinco años, yendo a casa de una tía abuela que ya en 1926 era profesora de piano en Linares. «Eran finales de los 80, y en esa casa siempre había alguien tocando».

Esta experiencia fue la semilla que más tarde germinaría en forma de licenciatura de Piano. Aunque, ya en Primaria, Lucía fue mostrando dotes y entusiasmo. «Con siete años, una maestra del colegio citó a mi madre para decirle que si no me matriculaba en el conservatorio lo iba a hacer ella. En lugar de ir a jugar al recreo me quedaba tocando un organillo», evoca Marín.

Licenciada ya en Piano, disciplina que le apasionaba, puso el foco en dirección de orquestas. Cerca estuvo de entrar en The Juillard School [prestigiosa escuela de Nueva York], pero se quedó a las puertas: de los 66 candidatos terminó entre los cuatro finalistas. «Sólo entró uno. Por contra, en el doctorado que realicé en Lexington (Kentucky) había 90 aspirantes para una única plaza... y ésa sí la conseguí».

A raíz de ahí, más de 15 producciones operísticas, habiendo dirigido en distintos países como España, Italia, Austria, China o Estados Unidos. Y acaparando titulares, además de por su talento, por un debate que de-



La directora de orquesta Lucía Marín. ANTÓN GOIRI

LUCÍA MARÍN La joven directora ha comandado la Orquesta Nacional y la de RTVE. Hoy da charla en Puerta de Toledo

«Con siete años no iba al recreo, me quedaba tocando un organillo»

DANIEL SOMOLINOS MADRID

bería ser intrascendente tanto para medios como para lectores en la actualidad.

Marín es de las pocas directoras de orquesta, un rol mayoritariamente desempeñado por

varones. «Es un reflejo de la sociedad. Nos sucede exactamente lo mismo que en otras disciplinas. Hace poco vi que el siguiente paso de las mujeres ejecutivas que tienen un buen

puesto es consolidarlo. Muchas sólo lo ocupan durante un tiempo... Y yo pensé, eso es justo lo que nos pasa a nosotros».

«Yo no tuve referentes femeninos, no los había. Mi maestro, Enrique García Asensio, una leyenda viva de la dirección de orquesta de este país con más de 3.000 alumnos, decía que en sus últimos 20 años sus mejores estudiantes eran mujeres. Ése fue un poco el espíritu, nunca planteé la vida de otra manera», apostilla esta maestra de ceremonias, para quien no todo en la vida es música.

Otra de sus grandes pasiones es el Atlético de Madrid, un sentimiento que le hace alejarse por unas horas de las partituras. «Llevo muy a gala lo del partido a partido de Simeone, el fútbol me ayuda para desconectar», dice esta abonada rojiblanca. Y agrega: «Vivo la música con coraje y corazón».

Haciendo balance de su trayectoria, Marín reconoce haber tenido «la enorme fortuna de dirigir a las mejores orquestas de nuestro país, pero espero ir haciendo más sólido ese vínculo». «Hasta ahora he sido directora invitada, pero me gustaría en el futuro llegar a ser directora titular», sopesa al otro lado del teléfono.

Con el fin de dar a conocer mejor su rol, «una de las especialidades más desconocidas dentro del mundo de la música», esta tarde dará una charla divulgativa en el campus de Madrid-Puerta de Toledo de la Universidad Carlos III de Madrid. En este coloquio no sólo abordará cuestiones técnicas y anécdotas de su pasado y de su presente, también cómo tienen que encarar los alumnos su futuro. Por lo que respecta a ella, en el próximo mes de abril debutará en el Teatro Real dirigiendo un proyecto junto a Luis Piedrahita y la joven orquesta de la Comunidad de Madrid.

ADN. NACIÓ EN LINARES EN 1982 • DOCTORADA EN DIRECCIÓN DE ORQUESTA POR LA UNIVERSIDAD DE KENTUCKY • TIENE EN SU HABER MÁS DE 15 PRODUCCIONES OPERÍSTICAS • DEBUTA EN ABRIL EN EL TEATRO REAL

Lo que desconcierta de Vox es el victimismo. Se sienten agraviados por una estructura que no los acoge. Fueron ayer a dejarse ver a la puerta de Fitur para no mostrar el pasaporte Covid que exigen en el recinto. Presentaron test de antígenos recién hechos, aún húmedos. Cumplido el desafío y una vez alcanzado el punto de ebullición para el canutazo hicieron esa lectura personalísima de las cosas de la que suele salirles una decisión que no se ajusta a norma. Presentar el pasaporte Covid, si lo exige el local, es una de las exigencias menos amenazantes del mundo. Hay

que estar muy dispuesto a la ofensa para ofenderse por algo así. El pasaporte Covid tan sólo es una medida para incentivar la vacunación. No es poco. Incluso para ensanchar la libertad y algún otro asunto de moda. **Macarena Olona** dice esto: «Los españoles deben tener en cuenta que España son sus bares». Y en los bares conviene estar sano.

Aunque el asunto es otro. ¿Hay algo perverso en esa otra salvación del alma que es vacunarse, decirlo, mostrar un certificado de vacunación y aceptar que de esta se sale por la puerta de la ciencia?



EL ROMPEOLAS

ANTONIO LUCAS

Vox en Fitur

Afortunadamente la mayoría de sus votantes en Madrid llevan puestas las dosis. El triunfo social es ese. Con **Abascal** o sin él. Aquí hemos vencido a la inmonodeficiencia del

antivacunismo, esa otra forma ultra que hierve a borbotones. Algunos argumentos de Vox, como la cruda vocación de armar bronca en cosas que no le importan a casi nadie, son francamente mejorables. Suponiendo que detrás de esas actitudes no haya un mimo estético para no soliviantar al caladero ultra de los descreídos, lo que asoma es una frágil vocación de incordiar gratis sin disimular el gozo.

El pasaporte Covid tiene poco de disuasorio. Los bares están a la manera de ocupación que permite una pandemia. Y en Madrid permite hasta casi la barra libre.

Lo que frena a la gente es el contagio, no el papel. O sea, la responsabilidad. Es decir, el cuidado. También el miedo.

El bodegón de los de Vox a las puertas de Fitur tiene algo de escenita *Peaky Blinder*, lo que incluye la práctica de viejas costumbres de algunos grupitos en busca de bronca. Gente enfurecida por algo muy leve. Las vacunas, de momento, andan por aquí para restaurar la vida, incluso la esperanza. Eso es lo que nos concierne. Y si un folio o un pálido pantallazo ayudan a que seamos unos cuantos más en esa onda, pues mejor. Para Vox los canutazos.